

P
U
Z

Literatura

*Todas
las que fui*

Ana Alcolea



Todas las que fui

Ana Alcolea

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Literatura

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Ana Alcolea
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2023

Diseño de la cubierta: David Guirao
Colección Literatura, n.º 22
Director de la colección: José Luis Calvo Carilla

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-666-4
Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 1124-2023

Les gustaba compararme con la Malibrán. A mí eso me hacía mucha gracia y me hablaba de lo hipócritas que eran quienes lo hacían. No hay registros de su voz, así que nadie sabe cómo cantaba realmente la Malibrán. Muy bien, según las crónicas de su época, cuyos críticos tenían un gusto muy diferente al actual. Era hermosa, eso sí que lo sabemos todos quienes hemos visto los retratos que le hicieron afamados artistas coetáneos suyos. Muy hermosa.

Yo también lo fui en mis buenos tiempos, que no duraron demasiado. Las dos tuvimos el pelo largo y rizado. Las dos éramos españolas, bueno, ella había nacido en París, pero su padre era sevillano; y ambas teníamos la tez morena. Pero lo que más me irritaba del hecho de que me compararan con ella es que la pobre murió muy joven, a los veintiocho años. En aquellos tiempos yo era muy supersticiosa, y pensaba que una cosa así se podía contagiar si se repetía hasta la saciedad, como hacía tanta gente, «te pareces a la Malibrán, te pareces a la Malibrán...». Y yo no quería morirme tan joven y de una manera tan terrible como ella, que murió como consecuencia de una caída ecuestre. Sí. Sí. Ella, la más hermosa entre las sopranos de su momento, la más famosa, la mejor, la que tenía que

salir a saludar al público treinta veces cuando bajaba el telón, murió porque se cayó de un caballo en una cacería.

Tenía claro que a mí no me pasaría eso: nunca iría a ninguna cacería y mucho menos a caballo, pero me podía pasar algo parecido. Era propensa a caerme porque tenía los tobillos finos e inestables. Así que el hecho de que me mentaran tanto a aquella María García, que es como en verdad se llamaba, me ponía los pelos de punta. Para mí fue una alegría cumplir los veintinueve años y pasar la edad maldita con la que ella había muerto. Recuerdo perfectamente el día de mi cumpleaños. Me hicieron regalos de todo tipo, entonces ya era una cantante famosa, y me llegaron flores de todos los teatros en los que había actuado. Aquella tarde canté *Norma*, uno de los papeles en los que ella triunfó de una manera singular. Canté para ella, pensé en ella y en su desgracia, pero sobre todo pensé en mí; algo dentro de mi corazón estallaba de gozo: «Ya te he superado, María Malibrán. Te he alcanzado y he superado la cifra de tu vida. Ahora puedo empezar a vivir la mía sin miedo». ¡Qué tonta era entonces, que en el mismo momento en el que mi personaje se lanzaba a una hoguera pensaba yo que era inmortal!

Han pasado muchos años y muchas cosas han ocurrido en mi vida y en el mundo. Ahora sé que no soy inmortal, por mucho que los humanos nos creamos que lo somos hasta que llega el último suspiro, cuando nos damos cuenta de que nos vamos, generalmente sin haber hecho nada de lo que teníamos previsto. O habiendo conseguido lo que algunos llaman el éxito. ¿Y de qué sirve lograrlo? ¿Qué es el éxito? ¿Sirve de algo? ¿Que he ganado fama y dinero gracias al éxito?, sí. Eso es verdad, eso es lo que me dicen ahora otras personas diferentes; diferentes, pero iguales a las que decían que me parecía a la Malibrán. ¿Pero me ha servido de algo la fama? «Sí, has conocido muchos lugares y a mucha gente interesante», me dicen esos mismos, que siempre están en el mismo lugar y que no son en ab-

soluto interesantes. Ellos, con los que probablemente voy a pasar mis últimos meses, los últimos días, los últimos estertores. Gente que me importa un bledo y a la que tampoco yo le importo nada. He ganado dinero, sí. Al menos puedo pagar a alguien que me cambia el pañal varias veces al día porque ya no soy capaz de controlar mis esfínteres, ni de levantarme de mi butaca o de mi cama tantas veces como mi cuerpo requiere que se produzcan las evacuaciones pertinentes. Fui alguien, sí. Una gran artista, sí. Lo tuve todo, sí. Fui adorada y respetada. Pero mis pañales huelen igual de mal que los de otras viejas, que no fueron nadie y que dejarán de ser nadie dentro de poco. Igual que yo.

Además, puestos a elegir, habría preferido que me compararan con la hermana de la Malibrán, la Viardot, de nombre Paulina, como la hermana de Napoleón. Al menos ella tuvo un amante como deben ser los amantes: escritor y además ruso, la combinación perfecta. La pobre María fue vendida por su padre a un supuesto millonario que luego resultó no serlo. Paulina, que no era tan guapa como su hermana, también se casó con un francés, pero lo del amante ruso es insuperable. Al menos eso pensaba yo en aquellos años del comienzo de mi gloria. Aspiraba a tener un amante escritor, y si era ruso, mejor que mejor.

Los rusos tenían para mí la aureola de los zares, de las estepas y de los huevos Fabergé que se creaban para las zarinas. Yo entonces pensaba que los escritores serían tan fascinantes como los personajes que creaban. Después de haber tenido no uno, sino tres amantes escritores, me di cuenta de que no es así: los escritores proyectan en sus personajes los deseos de lo que no son y nunca conseguirán ser. Cuanto más heroicos son sus personajes, menos lo son ellos. No soy dada a las generalizaciones, hablo desde mi experiencia. Los tres que me tocaron, literalmente, y en suerte, eran tres mediocres de tres al cuarto que se creían alguien porque habían ganado algún premio y porque

los invitaban a cenas con millonarios, con políticos y con traficantes de armas. Mediocres intelectualmente y medianos en la cama, donde no pasaban de un cuatro y medio, o sea, de un «apto» si una era benévola, y de un «no apto» si una era como tenía que ser, es decir, justa.

El caso es que los que me alababan no tenía ni idea ni de quien era la Viardot, ni la Malibrán, ni de que esta había rechazado nada menos que a Bellini, y de que la otra había vivido un tórrido y largo idilio nada menos que con Iván Turguénev. Yo sí que lo sabía y por eso también me fastidiaba enormemente constatar que los que me halagaban no solo eran unos hipócritas que solo pretendían quedar bien conmigo, sino que también eran unos incultos. Y no es que yo tenga nada en contra de los incultos. Reconozco que no todo el mundo tiene las mismas posibilidades de aprender, ni la misma capacidad, ni las mismas ganas. Pero si uno se las da de saber mucho, entonces más le vale saber de verdad, si no, es mejor que se esté callado porque, como decía mi madre, en boca cerrada no entran moscas. Por ejemplo, esa chica que me cambia los pañales a mediodía no dice ni «mu». No sé si porque es extranjera, o muda, o es que no tiene nada que decir y por eso se calla. Yo agradezco su silencio. No aguanto a los que vienen y me dicen: «qué guapa está», «si es que la que tuvo retuvo», «está cada día más guapa». Mentira, mentira y mentira. Estoy cada día peor, más fea, más inútil y más harta de tener que poner buena cara a los que me limpian, para que lo hagan con cuidado y no me dejen la piel húmeda y maloliente.

Sí, yo también canté en los grandes teatros del mundo, como la Malibrán y la Viardot. Y la Callas y la Tebaldi y la Caballé, aunque ellas vinieron después que yo. Me busqué un buen agente que me colocaba en las mejores producciones y el público me quería como quieren todos los públicos del mundo: los pocos minutos que dura tu aria, tu dúo con el tenor o con el barítono, y el rato de los aplausos, en los que se saca en for-

ma de palmadas sonoras la adrenalina que se ha contenido durante varias horas de silencio y quietud en una butaca en la que apenas se puede uno mover. El público aplaude, sí. ¿Pero qué es lo que aplaude? ¿La obra, la interpretación de los artistas? No. Nada de eso. Cada miembro del público quiere que te llegue su batir de manos, que sea precisamente el suyo el que oyes desde el escenario. Quiere que te des cuenta de que lo has hecho feliz durante unos minutos. A él. A ella. Más importantes que la música y que tu voz. El aplauso libera energía y pretende que te llegue su calor. El suyo, el personal. Ya que no te puede dar la palmada en la espalda o en otro sitio, su presencia te llega mediante su sonido. El aplauso es la respuesta a la voz del cantante: una especie de intercambio de sonidos en el momento en el que ya estás tan cansada después de haberte muerto como Isolda, como Mimí, como Violeta, como Butterfly, o como Floria, que lo único que quieres es irte al camerino, dejar de ser todas esas señoras y volver a ser tú misma, si es que queda algo de ti después de morirte delante de cientos de personas que disfrutan como en un orgasmo de tu muerte fingida en medio de una nota aguda.

Nadie se muere así. La primera vez que vi morir a una persona, pensé eso. Qué diferente es morir de verdad a morir en el teatro. En la ópera siempre se muere cantando, con ropa bonita, limpia, delante de mucha gente que ha venido a verte cantar y a verte morir. En cambio, en la realidad, uno se muere emitiendo estertores que también salen de la boca, que no hacen temblar los cristales, sino la carne que está a punto de marchitarse definitivamente. Uno se muere con el camisón manchado de orina, de heces, de sangre, de todo aquello que el cuerpo genera y que ha sido escondido durante los años en los que nos movemos con pudor. En la vida, uno se muere sin pudor, a veces solo, sin espectadores. A veces delante de desconocidos, igual que en el teatro, solo que en este caso los desconocidos van vestidos con batas blancas o verdes, huelen a alco-

Índice

1	11
2.....	21
3.....	27
4.....	35
5.....	41
6.....	47
7.....	53
8.....	59
9.....	69
10.....	75
11.....	81
12.....	91
13.....	101
14.....	111
15.....	121
16.....	131
17.....	137
18.....	145
19.....	153
20.....	161

21.....	169
22.....	181
23.....	187
24.....	193
25.....	201
26.....	209
27.....	221
28.....	231
29.....	237
30.....	247
31.....	257
32.....	265
33.....	275
34.....	287
35.....	295
36.....	301
37.....	309
38.....	317

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos
del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en mayo de 2023



Narrada en primera persona, una mujer que espera la llegada de la muerte da un repaso a su vida: sus maestros, sus amantes, sus viajes, su profesión... Nació Georgina Escuer, cambió su nombre por otro porque así se lo pidieron. Fue mujer, amante, amiga, discípula. No quiso ser madre. Fue, por encima de todo, artista, cantante de ópera. Fue todos los personajes que interpretó. Y ellos la fueron forjando para ser *Todas las que fui*. La novela recorre sus estancias en Zaragoza, Barcelona, Milán, eL Véneto, Múnich... Al final de su vida, sus viajes, sus experiencias y su éxito no son más que recuerdos proyectados en el espejo infinito de quien se mira y sabe mirar la verdad en cada rincón de las ficciones.

Con el título de *La vida secreta de Georgina Escuer*, esta novela fue finalista del Premio de Narrativa Ciudad de Barbastro en 2020.



Ana Alcolea

Nacida en Zaragoza, ha sido profesora de Lengua y Literatura. Vive entre España, Italia y Noruega. En 2001 publicó su primera novela y desde entonces han visto la luz más de treinta títulos. Varios de ellos han formado parte de prestigiosas listas nacionales e internacionales. En 2011 ganó el Premio Anaya. Su carrera literaria ha obtenido varios reconocimientos, entre ellos, el Premio Cervantes Chico, el Premio Artes y Letras de Heraldo de Aragón, el Premio de la Fundación José Antonio Labordeta, el Diploma de Honor de la Asociación los Sitios de Zaragoza. Es Alumna Distinguida de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, y Premio de las Letras Aragonesas 2019. *Todas las que fui* es su cuarta novela fuera del ámbito infantil y juvenil.